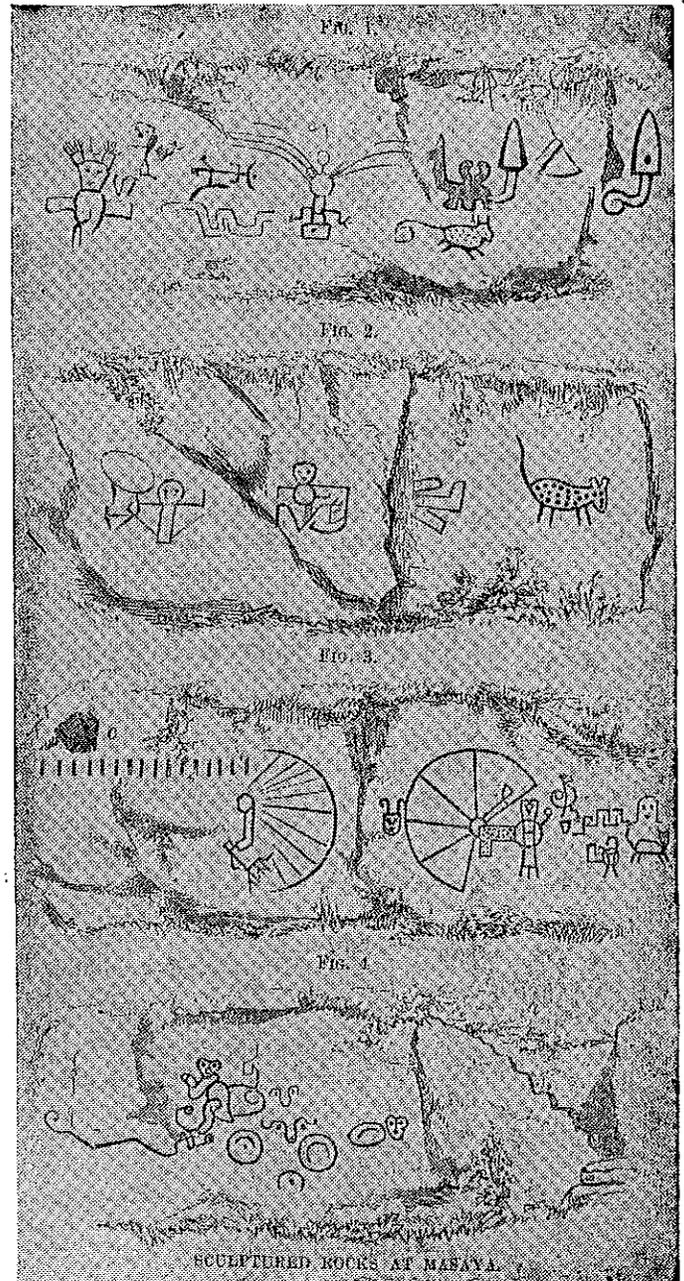


# El Masaya de Squier

GEORGE E. SQUIER

REVISTA CONSERVADORA se complace en publicar por primera vez la magnífica traducción de nuestro colaborador, Luciano Cuadra, de las páginas que George E. Squier escribiera a su paso por Masaya hace ya más de un siglo. El fotograbado inferior representa a Squier mismo, quien además de ser un eminente diplomático y un excelente escritor era también un hábil dibujante, y gracias a su pluma se han conservado para la historia los petroglifos de la bajada de Cailagua, donde lo vemos tomando sus propios apuntes que aquí mismo reproducimos.



El carmelita descalzo Antonio Vázquez de Espinoza, que visitara Nicaragua en 1613, dejó escrita su relación "Compendio y Descripción de las Indias Occidentales", cuyos son estos párrafos:

"Cuatro leguas adelante de Managua, hacia la ciudad de Granada, está el pueblo de Nindirí, de muchas frutas y regalo; parece un pedazo de paraíso. Hácese en él cantidad de jarcias y lona de algodón para velas a los navíos del Perú. En este pueblo no hay agua, y así bajan por ella a una laguna que tiene junto a sí muy profunda, que sólo para escribir las cosas de ella y de este distrito habría bien para alargar la pluma.

"Adelante está el pueblo de Masaya, obra media legua de este pueblo, el cual es de los mayores de esta provincia; es de mucho recreo, con cantidad de frutas, maíz y otras semillas y legumbres, aunque no tiene agua porque los indios beben de la misma laguna que los de Nindirí. Hácese en este pueblo cantidad de jarcias, y lona, que es gran trato en esta tierra, y los corregidores enriquecen. Cerca de este pueblo está el volcán tan nombrado de Masaya, que aunque el cerro donde está es pequeño respecto de la grandeza de los demás, les excede en la cantidad de fuego y humo que de sí arroja, que es de tal suerte, que cuando hace viento, lleva el humo iras de sí tan espeso que parece una grande y densa nube".

"A una legua de Masaya está el pueblo de Monimbó, cabeza de este corregimiento que tiene los frutos que los demás, y otros pueblos son Niquinohomo, Nicaragua de los indios, y otros".

#### DE PASO POR MASAYA

Viniendo de Granada se entra en Masaya por una calle larga y ancha, con árboles frutales por ambos lados, bajo los que se alinean los ranches de paja de sus moradores. Esperamos a que llegara la retaguardia de nuestra escolta y luego —en columna cerrada— picamos espuelas pasando a trote largo por las calles de la población. A medida que avanzábamos las casas se hacían más numerosas, y de vez en cuando, de entre las más frágiles estructuras que he descrito antes, se levantaba una de adobes y enrejada. Tras casi media milla de camino quebramos súbitamente a la derecha, y después de pasar varias manzanas de casas y calles muy similares a las de Granada, y de dejar atrás uno o dos conventos abandonados, desembocamos en la plaza Mayor. En el centro de ésta está la parroquia, que es un corpulento edificio rectangular, de muy hermosa fachada y torre, y bastante más grande que cualquiera de las iglesias de Granada. En los costados de la plaza veíanse varias hileras de buenas tiendas de comercio, con puertas y persianas recubiertas de hojalata, pues en Masaya, más que en ninguna otra ciudad de Nicaragua, se vende mayor cantidad de mercancías importadas. Tiénese a sus habitantes por los más industrioses del país, y en todo Centro América se habla elogiosamente de la cantidad y variedad de artículos que elaboran. Allí, además de las grandes cantidades de jaleas y otras golosinas que en el pasado se exportaban al Perú y a otros países de la América del Sur, se manufacturan cordeles, hamacas, sillas de montar, géneros de algodón, papas, sombreros, zapatos, y, en suma, todos aquellos artículos de uso corriente en el país. Pero las tiendas, a causa de los disturbios de entonces, estaban

cerradas, y la plaza hallábase casi completamente desierta. Cerca de la pared trasera de la parroquia vimos un taburete; era el banquillo fatal en el que, pocos días antes, había sido fusilado, después de juzgado y sentenciado en consejo de guerra, uno de los cabecillas facciosos de la ciudad. Cerca de allí advertíase la tierra removida, señal del lugar en que sepultaron el cadáver del ajusticiado. Fue juzgado a la una, sentenciado a las dos, fusilado a las tres, y sepultado a las cuatro. Se le despachó de prisa, por cierto; pero así es el proceso sumario de la ley marcial en Nicaragua, cuando —como en ese caso— el delito del criminal no admite dudas ni paliativos.

Algunos de los nuestros que presenciaron la ejecución manifestaron que el acto fue muy impresionante. La orden se ejecutó ante todo el ejército, del que se tomó a un pelotón para el efecto. Primero llevaron al prisionero a la iglesia, donde se confesó y recibió los Santos Oleos. Dos sacerdotes le condujeron al banquillo, le pusieron el crucifijo en las manos y elevaron al cielo una plegaria por su alma. De los fusiles que distribuyeron entre soldados encargados de la ejecución sólo la mitad tenían balas. Hicieron la descarga a diez pasos de distancia. El hombre cayó muerto. Juzgóse necesario sentar ese precedente, y lo fue sin duda en tal caso.

Debe, no obstante, hacerse observar que ningún otro funcionario tiene tal alta reputación de humanitario como el General José Trinidad Muñoz, quien nunca ha manchado su nombre con el estigma de esas carnicerías e imperdonables crueldades que han sido la regla, más que la excepción, en las guerras intestinas de la América española.

Llegamos a la posada de una señora que nos dijo estar encantada de que "su pobre casa" se viese honrada por los "hijos de Washington". A los pocos minutos comenzaron a llegar varios alcaldes de la ciudad, jadeantes y acongojados porque no se les había informado con tiempo de la proximidad de nuestra llegada. Propusieron, aun cuando reconocían que era un poco tarde ya, echar a vuelo todas las campanas, y nos suplicaron que nos quedásemos en la ciudad por el resto del día a fin de poder agasajarnos dignamente. Nos excusamos diciendo que íbamos de prisa, pero les prometimos regresar pronto; y escapamos, evitando así el ser glorificados en Masaya.

Nos habíamos propuesto permanecer allí varias horas y conocer la interesante laguna de la que se abastece de agua la ciudad, pero el atraso de la mañana en Granada nos obligó a acortar nuestra estadía para poder llegar esa misma noche a Managua, doce leguas adelante. Así que sólo permitimos un ligero descanso a nuestras bestias, montamos de nuevo y reemprendimos el viaje. Caminamos unas dos millas flojas desde la plaza hasta las afueras de la ciudad; ésta tiene unos quince o diez y ocho mil habitantes sobre una superficie de más de una legua cuadrada. Se sale de Masaya por una amplia y hermosa avenida bordeada de campos boscosos, mucho mejores, en este respecto, que los que circundan Granada. La avenida conduce al pueblo de Nindirí, y las gentes de a pie y de a caballo que trajinan por ella le dan animación mayor que la observada por nosotros hasta entonces en las afueras de las otras ciudades. En un punto equidistante de Masaya y Nindirí el camino pasa sobre una loma que es como burbuja de formación volcánica cuya comba tiene la línea perfecta de un arco iris. Aun cuando sería fácil

pasar en torno a ella, nadie lo hace debido quizá a que desde antes de la Conquista ya lo indios pasaban por allí, y así continúan usando ahora ese mismo camino, sin saber por qué. Sin embargo, se ha hecho más fácil su paso gracias a una profunda hondonada o al desgaste de la suave roca arenosa que se hunde ya unos cuarenta o cincuenta pies, muy parecida a los cortes hechos en nuestras líneas férreas. A un lado, en un pequeño nicho, vi una crucecita festoneada de flores ya mustias. Pasando este desfiladero, el camino vuelve a ser ancho y parejo, y sobre su camada cascajosa proseguimos rápidamente hasta llegar a Nindirí.

### APOSTROFE A NINDIRI

¡Nindirí...! ¡Cómo describirte, lindo Nindirí, anidado bajo la fragante techumbre del eterno verdor de árboles tropicales que entrelazan su ramaje sobre tus pulidas alamedas para tejer cúpulas verdes sobre las sencillas viviendas de tus pacíficos moradores! ¡Tu nombre musical que te dieran tanto tiempo ha, quizá cuando Roma era aún joven, no ha perdido nada de su melodía: NINDI, agua, DIRIA, montaña, nos dice todavía en una lengua arcaica y casi olvidada ya, que dormirías ahora, como antaño, entre el agua y la montaña...! De entre todos los encantadores paisajes de serena belleza en que el ojo del viajero se ha extasiado, o que la fantasía ha pintado con su lápiz irisado, ninguno puede igualarse a tí, lindísimo Nindirí, escogido por las hadas de las montañas y las ninfas de los bosques y las sílfides de los lagos y las náyades de las fuentes. ¡Nindirí!

Este pueblecito indígena sobrepasa en mucho —en cuanto a belleza pintoresca— a todo cuanto hemos visto hasta ahora. Naranjos, chagüites, marañones, jocotes, nísperos, mameyes y altos cocoteros, lucen entre el follaje los tonos ocres y dorados de sus frutos, y los jícaros tienden sus ramas cundidas de globos esmeralda que emparan las chozas de sus sencillos y laboriosos moradores. Las indias, sentadas bajo los árboles de los patios, desnudas hasta la cintura, hilan sus niveos copos de algodón o sus moños de cabuya mientras sus desnudos y bulliciosos chiquillos retozan dando tumbos en el limpio suelo apisonado, donde trémulas y variantes filigranas de sol bailotean al mecer la brisa, con sus dedos invisibles, las ramas de los árboles. ¡Sosegado y primitivo Nindirí, sede de legendarios caciques y de bárbaras cortes! Sosegado aún hoy día en medio del estrépito de las ciudades y del atropellamiento y de la lucha de millares de seres humanos; primitivo entre la codicia usurpadora y la insistente penuria, entre la redomada hipocresía y los rudos modales, en esta época en que la virtud es tímida y el vicio es procaz, y en que el agua y el fuego y hasta los mismos rayos del sol son esclavos de la voluntad del hombre. ¡Vuela hacia tí mi recuerdo como hacia una dulce noctívaga ensoñación ¡oh Nindirí!, Arcadia de ensueño, pueblecito hijo de la fantasía, pueblecito casi irreal...!

### SIESTA Y REFRIGERIO

Cruzamos calles sombreadas y cercadas de piñuelas hasta desembocar en una espaciosa plaza, en cuyo centro se levanta una iglesia de exquisito arcaísmo. A su sombra unas vacas de lucio pelaje rumiaban cogitativamente; a duras penas abrieron sus ojos mansos para vernos pa-

sar. Bajo los frondosos árboles de un costado de la plaza divisamos nuestras carretas y los mozos que disfrutaban de su siesta inmemorial. Tenían colocados los chuzos en pabellón y los caballos apersogados a las carretas; formaban un folklórico grupo al que daban realce las figuras de los lanceros, recostados en posiciones tales que eran, a cual más, la más genuina imagen del reposo. No tardamos en juntarnos a ellos. El oficial que los mandaba, anticipándose a nuestra llegada, tenía listas dos o tres porongas de "algo fresco"; era una rica mixtura de agua de coco con jugo de marañón, deliciosa y refrescante, a la que rendimos pleitesía en dilatadas ingurgitaciones, sin olvidarnos de dar las "mil gracias" y los correspondientes "medios" a una indita de reír cascabelero que en blanquísimos huacales diera de beber a los sedientos forasteros.

### LA "PIEDRA QUEMADA"

Quedaba ya atrás la única parte del camino en que se suponía merodeaban salteadores, y aunque el jefe de la escolta insistía en seguir con las carretas, no creí fuese ello necesario y decidimos que se volviese. En seguida montamos de nuevo, y lo último que vimos de ese nuestro amigo militar fueron las relucientes lanzas de sus hombros con sus flamantes grímpolas rojas, a galope tendido por las calles de Nindirí.

Salimos del pueblo para entrar en la selva y comenzar a ascender por una de las laderas o estribaciones del volcán de Masaya. Brechas oportunas abiertas entre el follaje nos permitían entrever la laguna, la llanura y la montaña, todas más grandes y más bellas aun que las contempladas esa misma mañana desde aquella loma del camino a Masaya. Cruza el camino sobre un viejísimo campo de lava y piedra pómez suelta, entapizado ya por suelo fértil y pomposa selva. Pero una legua más adelante llegamos a lo que llaman "malpais". Es esto un enfurruñado piélagó de lava negra vomitada por el Masaya en su última erupción sobre una superficie de quince o veinte millas, en derechura a la laguna. Atravesamos el piélagó por un camino que corre sobre la cima de un camellón que cruza transversalmente la corriente de lava por su parte angosta, pero la lava se explaya bastante lejos por ambos lados del camellón. Parece este páramo una vasta sabana de hierro colado, recién enfriado, negro y proscrito. A trechos se encabrta en masas encrespadas; en partes es algo así como montones de ojaldras o de hojuelas. Un borrascoso mar de tinta petrificado de pronto —si es que la imaginación del lector puede figurárselo así— es el mejor símil que se me ocurre en este instante. Aquí y allá grandes y ásperas masas de cincuenta y cien pies cuadrados quedaron volcadas de revés por las marejadas lávicas que durante la erupción recudieron por debajo; ahora muestran en su superficie largos fruncidos, como la rizada corteza del arce o de la encina. Bajé del caballo y anduve sobre los crugientes fragmentos, pero no pude ir muy lejos: las puntas y las aristas afiladas como cuchillos me destrozaban los zapatos. En cierto lugar noté que las corrientes de lava semifría se enroscaron, capa sobre capa, a un enorme árbol del que después, al quemarse y desintegrarse, quedó un molde perfecto de su tronco y ramas principales, y en forma tan exacta que aun puede distinguirse la rugosidad de su corteza. Pero lo que más me sorprendió fue el caso de

que la corriente de lava hubiese rebasado el angosto camellón sobre el cual me encontraba, y que entre mí y el volcán de donde fluyera la materia existiera una depresión. Es evidente que la sentencia popular y axioma de que el líquido se resiste a subir por las cuestas, no siempre se aplica a la lava. La explicación del fenómeno pueda encontrarse tal vez en el hecho de que al enfriarse la superficie de la lava ésta se deshace en fragmentos, formándose así muros de contención a ambos lados, por entre los cuales sigue fluyendo la corriente hasta elevarse muy alto, y que al acrecentarse la presión vertical rompe la barrera, esparciéndose lateralmente. O bien que estando el valle intermedio llenándose de materia derretida con tal rapidez que no le permitía encontrar inmediatamente su nivel, es fácil suponer que rebasara el camellón, y que, al fin, dejando de fluir, la materia acumulada en el valle se desbordase por ambos lados para detenerse después en la forma en que ahora está.

Entre el volcán y yo no había un solo árbol, tan sólo el vasto, negro y áspero páramo de lava. Podría, por tanto, ver claramente el volcán y distinguir el borde desigual de su antiguo cráter principal. Este último vómito de lava, sin embargo, no parece haber salido de esa boca, sino de un punto más bajo de la falda. Tiene esa parte una apariencia rojiza y escoriácea, y su cráter, uno de cuyos lados desportilló la erupción, es relativamente pequeño. Por cierto que en determinados puntos pueden verse otros orificios, respiraderos de pasadas erupciones. Es patente que en edades remotas esos infernillos apagados ahora trepidaron en paroxismos eruptivos.

\* \* \*

Los cronistas de la Conquista tuvieron mucho que decir de este volcán, al que llamaron "El Infierno de Masaya". Su última erupción, la que formó el páramo de lava que acabo de describir, ocurrió en 1670. No se conoce hasta hoy ningún relato detallado del suceso, aunque debe suponerse fuera anotado por uno de los tantos clérigos del país cuyas crónicas existen en los archivos que la Iglesia Católica Romana tiene en España y en Italia.

Desde esa última convulsión, el volcán yace apagado. En 1840 estuvo a verlo Mr. John L. Stephens, quien no le encontró ningún indicio de actividad. Mas no debemos olvidar que en la época del Descubrimiento se le consideraba una de las más grandes maravillas del Nuevo Mundo.

A las once, cuando salimos de Managua para Masaya, se cerró un poco el cielo pero no llegó a llover; hicimos a paso rápido las treinta y seis millas que faltaban. Nos detuvimos otra vez un rato en el "malpais" del volcán para mirar ese páramo ancho y desolado, doblemente negro y desolado bajo el cielo encapotado. Y de nuevo nos demoramos en las calladas calles del lindo y arbolado Nindirí, nacido del lago y la montaña, y a las cuatro de la tarde entramos en los arriales de Masaya.

Llevaba yo una carta para un caballero cuyo nombre, por razones que expondré más adelante, quedará en el anonimato, y por cuya residencia pregunté. Para llegar a su casa cruzamos la plaza; tenía entonces un aspecto completamente diferente al del otro día. Las tiendas estaban abiertas y lucían un despliegue de géneros abigarrados. Grupos de mozos con mulas cargadas se apiñaban por doquier, y mujeres con canastas de golosinas pa-

saban entre ellos caminando con aire de granaderos. De la parroquia salía en ese momento una pequeña procesión guiada por un muchacho que tocaba una campanilla, al que seguían unos músicos y un sacerdote con el Viático para un moribundo. El barullo de las voces se apagó un instante. Todo el mundo se quitó el sombrero y todos también se arrodillaron al paso de la comitiva portadora del consuelo y el perdón para el que estaba ya "in extremis"; un momento después el afanoso trajín resurgía en la plaza como si nada hubiese ocurrido.

La casa a donde íbamos recomendados era muy buena e inmediatamente entramos en el patio. Sentada en el corredor hallábase una señora blanca y gorda y no sin ciertos rasgos de belleza. Nos invitó a desmontar, lo que hicimos en seguida, y le entregué la carta de presentación. Miró el nombre del sobre y dijo que era para su marido, quien se encontraba ausente; agregó que se la daría a su regreso. Le pedí que la leyera, pero ¡qué mujer tan singular! afirmó que no acostumbraba leer la correspondencia de su esposo. Sin embargo, demostró tener alguna de las cualidades de su sexo al guardarse la carta en el buche. Quizá tuviera el don, como ciertas damas de mi país, de averiguar el contenido mediante un procedimiento mágico de absorción magnética. Nada agradable era sentarse a esperar en el corredor; no habíamos llegado en son de visita, sino a pasar allí la noche y todo el día siguiente, así que después de esperar en balde un rato a que se nos ofreciera alojamiento, ordené a Ben desensillar las bestias y poner el equipaje en el corredor. La señora pareció extrañarse un poco pero no dijo nada. Aquello se hacía ya embarazoso, por lo que sugerí a M. ir a echar un vistazo a la laguna mientras llegaba nuestro esperado anfitrión.

El primer hombre que encontramos en la calle resultó ser uno de aquellos alcaldes que tan solícitamente quisieron echar a vuelo las campanas cuando seis meses atrás pasamos por allí. Se nos ofreció en el acto a acompañarnos a ver la laguna marchando a la cabeza con talante de pomposa autoridad golpeando el suelo a cada paso con su bastón de puño de oro como si estuviese en un palacio real, y con un énfasis tal que infundía terror a los muchachos de una cuadra a la redonda. De vez en cuando paraba a enseñarnos o a explicarnos algo de interés. Esa casa —nos dijo, por ejemplo— cuyas puertas y ventanas veíanse acribilladas a tiros, fue el cuartel general de los facciosos durante los últimos disturbios. El prefecto de la ciudad, al enterarse de que allí era el punto de reunión de aquéllos, sigilosamente la rodeó con sus soldados, y los conspiradores sólo se dieron cuenta del peligro cuando una descarga de cien tiros bañó las puertas y ventanas de su escondrijo; siguió a ello una carga a la bayoneta, método que me parece de eficacia decisiva en cualquier país. La otra casa, aquella que está ahora en ruinas y cubierta toda de hiedra, fue de un hombre que asesinó a un sacerdote; el obispo maldijo el lugar y lo cercaron con una palizada para que ni los puercos vagabundos violaran la prohibición de pisar ese maldito suelo. ¡Ah!, esos radiantes gajos como entorchados de oro, agregó, son el corozo de la palma de coyol, y esos enormes cascarones ahuecados y casi tan grandes como una canoa, esos, dijo, son las vainas dentro de las cuales maduró la flor hasta reventar. Y así continuó nuestro cicerone llevándonos a lo largo de una ancha avenida

atestada de aguadoras que bajaban y subían de la laguna. Advertí que no llevaban sus tinajas coloradas en la cabeza sino dentro de una red sobre la espalda, la que con una banda ancha y a colores ceñían alrededor de la frente subiendo la laguna jadeantes y empapadas en sudor.

A tres cuartos de milla de la plaza llegamos al borde de una inmensa y profunda hondonada en cuyo fondo está la laguna. Esta, al igual que la de Apoyo, cerca de Granada, y de la cual ya hablé, yace al pie de unos despeñaderos perpendiculares que dejan de serlo por el del volcán, al otro lado de la laguna frente a la ciudad, que fue por donde bajó la lava formando una ladera levemente inclinada pero tan erizada de filos lávicos que no se puede andar por ella. La primera etapa de la bajada se hace por un ancho tramo de escalones tajados en la roca y que termina en un punto como cercado por una especie de barandilla, o parapeto, de roca también. Por allí me asomé y ví un escarpado precipicio que me hizo retroceder preso de vértigo. Hay allí mismo una crucecita firmemente clavada en la roca. El camino tuerce luego a la derecha y sigue las tortuosidades del declive, cortado en parte en el farallón, y también construido con mampostería, y más allá afianzado en armazones de madera amarradas a los árboles, de gigantesco tamaño muchos de ellos, cubiertos de bejucos y con sus retorcidas raíces hundidas en los intersticios de las rocas. Estas aparecen quemadas y de superficie vitrificada en rojinegro, semejante al más duro esmalte. De no ser por el verdor que oculta la pavorosa escarpadura y su desmesurada altura, la bajada cortarían el resuello a personas de cabeza blandengue y vacilantes nervios, cuya confianza no fortalecerían las cruces que, clavadas en las piedras o sujetas a los árboles, recuerdan lugares de catástrofes fatales. Nuestro guía nos aconsejó quitarnos las botas para bajar, y las mujeres que venían subiendo trabajosamente, agarrándose a bejucos y raíces, me decían echando los bofes: "¡Quítese las botas!" Pero nosotros, acostumbrados a las botas más que ellas, seguimos bajando, no sin ser para ellas seguramente tipos temerarios. Y así seguimos bajando, bajando y bajando, mirando de vez en cuando la laguna, al parecer ahí no más, pero tan lejana como cuando comenzamos a bajar; y pasaron quince o veinte minutos antes de poder llegar al plan. Allí, entre recovecos de las rocas derrumbadas y deyecciones volcánicas, las aguadoras llenaban sus cántaros y porongas. Muchas se bañaban en la orilla y llevaban sus tinajas a llenarlas varias yardas adentro. Nuestra presencia no pareció turbarlas del todo, así pues nos sentamos en las peñas a conversar con las náyades morenas. A una le pregunté si la laguna era honda. "Es insondable", me dijo; y para demostrármelo se vino nadando hasta la costa y, tomando una piedra grande en cada mano, volvió a meterse unas diez yardas adentro para zambullirse del todo. Tardó tanto que comencé a temer le hubiese ocurrido una desgracia en esas inexploradas profundidades, pero de pronto salió a flote casi en el mismo lugar en donde había desaparecido. Volviéndose a mí dijo en hipios entrecortados: "¿Ya ve?"

El agua es tibia, pero límpida, y diz que pura. Al refrescarla se vuelve dulce y agradable. No deja de sorprender esto si consideramos que la laguna es claramente de origen volcánico, sin desagüe conocido y que se encuentra junto al volcán de su mismo nombre. Las

más de estas lagunas están impregnadas de substancias salinas.

A mi regreso a la posada encontré al Comisionado y el desayuno esperándome. Nos pusieron la mesa en el corredor, y en los intervalos de su ejercicio manducatorio Don Felipe me externó la opinión que tenía de nuestro anfitrión, opinión que coincidía exactamente con la mía. Me entregó, en la forma más confidencial, una carta rogándome enviarla a León, pues en ella denunciaba el desconsiderado trato a que habíamos sido sometidos. Más tarde supe que la tal carta trataba de ciertos manipuleos políticos de baja estofa. Al montar en su caballo me susurró al oído, con aires de un hombre que quería vindicar la reputación nacional, que él había pagado nuestra cuenta. No pude hacer otra cosa que darle las gracias y desearle un buen viaje. La próxima vez que le ví, tres o cuatro meses más tarde, iba entre un pelotón de soldados que le llevaba por las calles de León; era entonces un proscrito acusado de traición. Hasta el momento de la partida del Comisionado yo estaba en la duda de si era un huésped que debía pagar o no, por lo que me había visto obligado a tolerar ciertas cosillas que no eran de mi completo agrado. Ahora ya me sentía pues autorizado a dar órdenes imperativas, aunque no necesarias, para reponer el tiempo perdido y sacarle el jugo al dinero. Ben se contagió y, en vez de ocuparse personalmente de nuestras bestias, se dió a la doble tarea de ordenar a los criados que hiciesen el trabajo manual y someterlos al más copioso chaparrón de fuertes epítetos, y aun hasta de recordarles su ancestro materno.

A las ocho de la mañana llegaron los indios por quienes había mandado, y se agruparon en cuclillas en el corredor. Entre ellos hallábase una mujer, un minúsculo y macilento ser humano, con sólo un trapo alrededor de la cintura, que parecía saber más que los otros, y lo demostraba respondiendo, con la prontitud de una avispada colegiala, a todas mis preguntas. Esto molestaba de tal manera a su marido, no contento con ofenderla llamándola entremetida y otras cosas, la habría apaleado allí si nuestra presencia no lo hubiera contenido. "¡Ay, señor", se lamentaba el indio, "si así ha sido esta mujer toda su vida! ¡Dios me ampare y me favorezca!", y luego se santiguaba entornando los ojos al cielo. Con gran dificultad formé mi vocabulario y despaché a mis broncíneos visitantes dando uno o dos reales más a la mujercita que muy agradecida se me ofreció ir a verme hasta León, por si yo quería más información.

Sabía ya de una cañada no lejos de Masaya en la que había "piedras labradas", y a donde se ofreció llevarme el guía la noche anterior. Caminamos bajo la misma avenida de la laguna, pero antes de llegar al borde torcimos a la izquierda, y atravesando lozanos plantíos de yuca y de tabaco —siempre bordeando el farallón— llegamos por fin al bajo donde estaba la maravilla hidráulica de Masaya: "La Máquina". Es éste un sencillísimo y tosco aparato para hacer subir el agua de la laguna. Los barriles se meten en sacos amarrados al extremo de un larguísimo mecate, enlazado allá abajo a una polea, y arriba a una rueda de tambor que un caballo hace girar. El farallón es allí más bajo que en cualquier otro punto, y está cortado a pico en algo así como la mitad de su altura. Las moles de piedra y la tierra despeñadas desde arriba por las lluvias forman abajo un plano inclinado

hasta donde unos hombres llevan en hombros los barriles. El propietario de La Máquina, que se enorgullece enormemente de su empresa, me dijo que el aparato sube los barriles con la misma rapidez con que ocho hombres activos podrían bajarlos hasta la laguna. El agua la vacían arriba en una gran canoa hecha de un solo tronco de árbol, y allí llevan a abreviar los animales a tanto por semana. La empresa estaba, me dijo el dueño, en su etapa experimental, ya que no podía garantizar su éxito debido a la oposición de las aguadoras que la consideraban una flagrante violación de sus privilegios inmemoriales. Terminó preguntándome si en "El Norte" teníamos maquinarias similares, y le ví hincharse de orgullo cuando le aseguré que allá, en todo el país, no había nada de tal envergadura.

La Máquina está en la boca de la cañada a donde íbamos. Entramos en ésta caminando por su angosto cauce que emparedan barrancos rocosos y arriba cierran las ramas de árboles frondosos por un trecho de un cuarto de milla. Aquí, a la izquierda, la superficie de un paredón de roca se ve relativamente lisa y literalmente cubierta de petroglifos calados rudamente en bajo relieve. Unas pocas figuras están todavía enteras, pero las más hállanse ya tan borradas que no se las puede distinguir fácilmente. Muchas de las que están más abajo yacen entre escombros y tierra arrastrados por las lluvias; y hay algunas esculpidas tan alto que no se puede saber qué cosa son. Cubren unos cien metros del paredón y son en su mayoría rudimentarias representaciones de hombres y animales, con ciertas figuras ornamentales y hasta tal vez caprichosas, cuyo significado se desconoce. Las figuras 1 y 2 de las rocas esculpidas (petroglifos o litogramas) de Masaya son los caracteres más importantes de la primera sección que vimos, y las figuras 3 y 4 pertenecen a la segunda. Sobre la última parece que quisieron delinear el sol en dos lugares, y quizá también dejar constancia de algún acontecimiento, pues es de suponerse que las rayitas verticales de la sección superior de la figura 3 sean números. La figura principal de la derecha de esta sección parece haber querido representar un escudo, arcos, lanzas, o flechas, y el "xiuatlatli", o sea el artefacto con que los aborígenes arrojaban sus lanzas, el mismo que aparece frecuentemente y en forma similar en las pinturas mexicanas. No cabe duda que la figura principal de la sección inferior es un mono. Por lo que hace a las demás, el lector queda en libertad de hacer sus propias conjeturas. En todo el continente americano, desde las costas de Nueva Inglaterra a la Patagonia, se encuentran rocas talladas de carácter similar. En su mayor parte, si no en su totalidad, son obra de tribus salvajes y parecen por lo general destinadas a conmemorar acontecimientos de señalada importancia. Son, sin embargo, demasiado elementales para concederles gran valor arqueológico; y carecen de mucho interés, como no sea para ilustrar los primeros pasos de un sistema de representación pictórico encaminado a perfeccionarse para llegar a ser un sistema alfabético pasando por el intermedio de los jeroglíficos.

Cabe suponer que esta cañada fuera antiguamente lugar sagrado; hipótesis que tiene cierta base en el hecho de estar ese lugar casi completamente cerrado a los rayos del sol que sólo alumbra cuando por momentos los dedos del viento entreabren el ramaje que lo enclaustra como

un templo. A la derecha de la figura 4 puede verse un tramo de escalera toscamente tajado en la roca, señalado con la letra "a". Los escalones llevan a una especie de terraza o poyo, de unos tres pasos de ancho desde donde el paredón rocoso continúa elevándose perpendicularmente hasta una altura de más de cien pies. En la terraza, y justamente sobre la figura que representa un mono, está lo que llaman El Baño. Trátase de una excavación rectangular hecha en la roca, de casi ocho pies de largo, cuatro de ancho y diez y ocho pulgadas de profundidad, de paredes interiores finamente alisadas que, como biseladas, se angostan hacia el fondo. Una estria de más o menos pulgada y media de calado, con salida al borde del paredón y labrada completamente en contorno de la pila, tenía tal vez por objeto evitar que el agua cayera dentro. El nombre dado a esta excavación no arroja ninguna luz acerca de su finalidad verdadera, ya que como baño sería absolutamente inadecuada, aun cuando hubiese cerca un estanque, que no lo hay. Parece que su origen tiene sólo una explicación, con visos de verosimilitud, y es que tuvo, en alguna forma, relación con las supersticiones de los aborígenes, y de orden religioso desde luego.

Hacia la izquierda, y un poco arriba de la figura que supongo representa al sol, hay un hoyo o nicho pentagonal (c) que penetra en la roca. Mide unas dieciséis o dieciocho pulgadas de diámetro; su profundidad se desconoce. Yo introduje una vara de más de veinte pies de largo; sus lados son perfectamente parejos. Nuestro guía me enseñó otro nicho, a cierta distancia del primero y en otro lugar de la cañada. Este tiene sólo cinco o seis pulgadas de diámetro y está a tan gran altura que no pude sondearlo. La roca es de basalto o traquita, y muy dura. No sé de otros nichos que se encuentren en esa clase de rocas; pero me atrevo a suponer que éstos son naturales. Nuestro guía insistió en que son artificiales, y dijo que los indios afirman, por tradición, que llevan a cámaras subterráneas. No puedo describirles mejor que diciendo semejan matrices o moldes de los que se hubieran extraído enormes cristales de roca.

Además de las figuras reproducidas en las láminas, hay muchas otras repetidas y aisladas en diversas partes de los paredones. Dijonos también el guía que en otros lugares de la laguna encuéntrase más rocas con figuras esculpidas y pintadas, pero no pudimos ver más que las descritas. Cerca de un pueblo llamado Santa Catarina, se me informó hay una enorme roca cubierta de figuras pintadas en rojo, como las de Nejapa, que representan hombres y mujeres bailando al son de instrumentos musicales. Desgraciadamente no pude hacer el viaje allá para comprobar lo dicho con el hecho, pero tuve mis sospechas de que fuera una exageración. El hombre de La Máquina me dijo también algo acerca de lo que él llamaba "vasijas de piedra", asegurando que se encontraban al pie de los farallones de la laguna, a una legua de donde nos hallábamos. Al pedirle más detalles saqué en claro que se trataba de excavaciones en forma de ollas hechas en las rocas derrumbadas al pie de la laguna. Agregó que actualmente las utilizaban en la curtiduría de cueros, y que quizá sirvieran para lo mismo desde antaño.

Era tarde ya cuando regresamos a Masaya, pero como la luna estaba en su primer creciente, resolví seguir esa noche hasta Granada.